

pendientes del científico. Beard planteó aún con más vigor el problema refiriéndolo al libro de Benedetto Croce, publicado en inglés en 1921, titulado *History: Its theory and the practise*. En el libro de Croce se planteaba con rigor este tema, que, como Beard recoge, obtuvo su problemática máxima en América a través del libro de Becker *The Heavenly City of the Eighteenth-Century Philosophers*. Beard llevó en cierto modo al máximo el problema de la relativización, afirmando en una frase que se ha hecho famosa que la historia se escribe como un acto de fe. Este criterio significa que el historiador hace la historia desde su situación presente y por categorías rigurosamente actuales. El autor del artículo recuerda el caso de Diderot que de una parte relativizaba la historia y de otra pretendía dar una cierta vigencia universal a determinados valores. El historiador se encuentra en esta disyuntiva, que en muchos casos tiene el carácter de un dilema, ya que por ambos caminos se puede llegar al mismo resultado contradictorio. En el pensamiento de Becker se nota una cierta evolución que pudiera interpretarse como superadora del dilema. Becker reconoce que la historia se suele ver desde una dimensión filosófica y que en este sentido contradice a la dimensión puramente relativa, pero que de otra parte el historiador inserto en la relatividad pura, dejaría de hacer historia y entraría en un ámbito de creación más o menos arbitraria. Se podría decir que cada cual está capacitado para defender su propia perspectiva histórica: *Everyman His Own Historian*. El hombre común que no tiene tiempo ni saber para escribir historia, buscaría de entre los diversos creadores aquel que se aproximase más a sus propios criterios. No obstante, siempre queda detrás la amenaza de la autonomía filosófica de la historia como sector del conocimiento.—E. T. G.

HURLBUTT (R. H.): *David Hume and Scientific Theism*, en «Journal of the History of Ideas», octubre 1956, vol. XVII, núm. 4 (págs. 486-497).

Los historiadores del pensamiento han prestado mucha atención a los *Dialogues Concerning Natural Religion* de Hume con el fin de interpretar las doctrinas expresadas por sus diferentes persona-

jes. Norman K. Smith sostiene que las teorías de Filón son las de Hume y con ello está de acuerdo el autor del presente trabajo. Lo mismo pasa con los puntos de vista de Demea, que representan los de la escuela de Teología *a priori*, ejemplificada en las doctrinas de Samuel Clarke. No hay acuerdo, sin embargo, sobre las ideas expresadas por Cleantes. Para Hurlbutt éstas representan específicamente: a) El tipo de teología desarrollado por Newton y sus seguidores, que, a su vez, es un intento de explotar la nueva ciencia, como método y como cuerpo de conocimiento factual y teórico en apoyo de la Religión Cristiana. Tal teología puede ser llamada «teísmo científico». b) Los antiguos argumentos de la escuela estoica, particularmente los contenidos en el *De Natura Deorum*, de Cicerón, cuyos orígenes pueden encontrarse en las obras de Platón.

Hume es uno de los grandes filósofos críticos del siglo XVIII. El hecho de que en la más madura de sus obras considerara como de extrema importancia la pretensión de muchos teólogos y científicos de que la teología se basa en fundamentos establecidos científicamente, es históricamente revelador de que reconoció la significación de un tipo de teología que había sido grandemente descuidado, o poco apreciado, en muchos tratados del pensamiento ilustrado. Siendo como fué un gran crítico, percibió la significación de la explotación teológica de la ciencia y la hizo objeto de una de las más incisivas críticas filosóficas a que doctrina alguna haya sido jamás sometida.

Todavía más, su poca estima por la significación del teísmo científico ha sido una de las principales razones de que sus *Dialogues* hayan sido mal interpretados. Si hay confusión sobre la fuente de las doctrinas de Cleantes, no es probable que percibamos claramente las intenciones y conclusiones de Hume. Esto lleva a su vez a confundir el lugar que a Hume corresponde en la historia del pensamiento.—S. del C.

LAWRENCE (Nathaniel): *Kant and Modern Philosophy*, en «The Review of Metaphysics», X, 3, 1957 (págs. 441-456).

La filosofía moderna puede en algunas ocasiones ignorar audazmente a

Kant, pero o deriva de él o se encuentra con él. El autor del presente artículo analiza los últimos libros sobre Kant como contribución a la afirmación con que se inicia este resumen.

El primer libro que trata es el de Sverre Klausen, editado en Oslo en 1954, y se titula *La ética de Kant y sus críticos*. El ensayo, una tesis doctoral, muy nutrido de citas alemanas, recoge la actitud de los críticos modernos con relación a Kant. Klausen considera que Kant triunfa sobre sus críticas y rechaza los argumentos abiertos contra Kant. Con esto no se quiere afirmar que Klausen sea kantiano, sino simplemente que los críticos de Kant están equivocados en sus comentarios sobre el filósofo. Así, por ejemplo, cuando Ross afirma que el imperativo categórico es una quimera, y que de él nada puede derivarse, Klausen lo niega afianzándose en el concepto kantiano de la esencia del deber. Lo mismo ocurre cuando polemiza con Häcerström, quien sostiene que el valor objetivo de los juicios morales tiene un carácter preferentemente ilusorio. El segundo libro analizado es el de S. Cörner, que apareció en Baltimore en 1955, en la Colección Penguin Books. El libro de Cörner le parece al autor de este artículo excelente, tanto por su simplificación como por la objetividad y simpatía con que trata a Kant y por su buena información. No obstante, juzga que el deseo de simplificar ha llevado al autor en ocasiones demasiado lejos, y se ha olvidado de temas tales como los elementos puramente psicológicos de la filosofía de Kant.

Por último se analiza el libro de Casirer *Kant's first Critique*. Merece los mayores elogios al autor del artículo, admirando la profundidad analítica y los nuevos ámbitos de reflexión a los que el libro lleva. El autor juzga que es una renovación de las interpretaciones kantianas.

Frente a todos estos libros, el artículo que resumimos ofrece un punto de vista radical. A saber: que las formas lógicas son formalizaciones de la estructura de la experiencia y dependen de ella y no al contrario. De este modo, criticando el apriorismo, se hace una crítica total de la doctrina kantiana.—
E. T. G.

DIETZE (Gottfried): *Hamilton's Federalist-Treatise for free Government*, en «Cornell Law Quarterly», XLII, 4, 1957 (págs. 501-518).

La práctica del Gobierno liberal es estudiada por G. Dietze en relación con el federalismo de Hamilton y los puntos de contacto de su obra con el liberalismo, en cuanto que parece existir cierta oposición entre liberalismo y confederación, limitadora, en definitiva, de libertades políticas.

Como Madison, Hamilton ve los derechos individuales perturbados por excesos democráticos y quiere que el Gobierno liberal quede asegurado y limitado por el Gobierno federal, cuya función es la de proteger las constituciones de los Estados. La creación de la Unión en Norteamérica tuvo esta finalidad de contrapeso liberal-democrático, en el que radica todo el mérito de la democracia americana.

Los principales propósitos federalistas fueron desde un principio: la común defensa, la preservación de la paz pública contra convulsiones internas, la regulación del comercio... Pero Hamilton no defiende una total absorción de los Estados por la Unión. De aquí su defensa del Poder judicial frente al Congreso, y la permanencia de los jueces en su puesto, mientras se comporten rectamente.

Sirviéndose de la idea del poder judicial moderador de las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo, parece que Hamilton llega a una perfecta integración entre liberalismo y federalismo, en representación éste de la democracia, en cuyo concierto está la base de la «felicidad» americana.

La no superioridad plena, sino relativa de ninguno de los tres poderes, favorece esta integración americana, acaso la única forma de utopía política que más se haya realizado.

Por todo ello el autor del artículo, a los doscientos años del nacimiento de Alexander Hamilton, no vacila en considerarlo el constructor de la nación norteamericana.

En resumen: el concepto de Gobierno liberal envuelve la coexistencia de protección para los derechos individuales y la participación popular en el Gobierno combinando la primacía política